

CALIBAN Y LA BRUJA. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria.

SILVIA FEDERICI.



AQUELARRE.

HANS BANDUNG GRIEM. 1510.

Cuando observamos detenidamente la imagen que acompaña el libro de Federici, pintada por Hans Bandung -artista renacentista de origen alemán quien nació a finales del siglo XV- que se denomina Aquelarre, se puede rastrear una representación del mundo de las mujeres y dicha fiesta mítica.

En dicha pintura se puede develar como el cuerpo de las mujeres se demoniza; rostros convulsionados que se acerca al frenesí y a la demencia generada por la ingesta de alucinógenos. La imagen obscena del “cuerpo-mujer” que en los contornos y formas de los dibujos se intenta representar cuerpos en estados de éxtasis que convidan a la lujuria, a lo pecaminoso de la piel...

Asimismo, se concibe la naturaleza, como fuente de fuerzas incontenibles a la razón y a la fe, que deben ser domesticadas por el poder masculino, que representa la verdad, el poder mismo de la moral. La naturaleza y el cuerpo femenino son, pues, vistos como expresión del pecado, de lo mancillado que debe ser purificado por el fuego inquisitorial.

Estas imágenes buscaban producir miedo donde se condena lo desconocido que no puede ser nombrado. Con ello, esta la justificación de la cruzada moral y racional, que debe hacer posible la persecución y la destrucción. Procesos que se dieron con la cacería de brujas en el siglo XVII en Europa y que se acompañaron en Nuestra América ante el cuerpo insurrecto de las mujeres trabajadoras de las plantaciones.

Ahora bien, esta representación también quiere dar cuenta, desde sus limitaciones, de un acontecimiento de confrontación y resistencia ante el disciplinamiento y los procesos de cercamiento de las tierras, los saberes y el cuerpo-mujer. Este fenómeno pagano conocido como el Aquelarre, está relacionado con la estigmatización del día de descanso presente en la tradición religiosa judía como el Sabbat.

Se sabe que el día sábado para dicha religión no se trabaja, es el día de descanso. La cristiandad en su guerra religiosa intenta satanizar esta tradición. Por ello el Sabbat y el aquelarre se relacionan en dicha estigmatización. El aquelarre, según algunos antropólogos, tiene su origen con una tradición vasca, en la que un grupo de campesinos festejaban en el campo el ritual del macho cabrío.

En efecto, en esta fiesta campesina se celebra la “vendimia”, recolección colectiva de las uvas para la elaboración del vino que era compartido por toda la comunidad. Esta fiesta se vincula con los rituales paganos para hacer posible los lazos entre las fuerzas indomables de la naturaleza y del cuerpo-deseo.

Ciertamente, en el “aquelarre” confluyen cinco momentos. La convocatoria, que hace alusión a una simbología natural y clandestina que solo se dirige a un grupo selecto de iniciados. El reconocimiento, supuestamente de las deidades oscuras como lo la luna y las fuerzas demoniacas. La luna, el vino y el mundo de la pulsión y el inconsciente del instinto sexual entran, en efecto a dicho ritual de comunión colectiva. Tercer momento, el banquete, donde se comparte los alimentos, las bebidas embriagantes elaborada por cada uno de los

participantes. El baile que se asocia a todos los rituales paganos dionisiacos del dios vino, donde la música y el éxtasis colectivo de la danza hacen posible el fortalecimiento de los lazos, más allá de las nociones del bien y el mal. Y con ello la emancipación de las ataduras y prejuicios sexuales. La naturaleza y el instinto sexual confluyen en un acto colectivo y ritual erótico.

Ahora bien, la autora de *Calibán y la Bruja*; Silvia Federici, en la década de los años ochenta, es una importante activista del movimiento feminista en Nigeria, África, que luchan contra la implementación de políticas neoliberales, financiadas por el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional.

La lógica neoliberal, en efecto, había llevado a éste país a las privatizaciones de los derechos sociales y colectivos, así como a la mercantilización de los saberes y de los bienes comunes naturales. Esto, según ella, representaba otra vez una nueva actualización de los procesos de acumulación originaria del capital, descritos por Marx en su obra *El Capital*.

Constantemente el capitalismo vuelve al terror, la violencia, el despojo de los bienes comunes, desencadenando el destierro, el disciplinamiento, los cercamientos de las tierras y el saber para querer convertir todo en mercancía. Silvia Federici daba cuenta de lo acertado de dicho análisis de Marx que lejos de verse superado históricamente se volvía a repetir en el contexto de la llamada globalización neoliberal. En este análisis hay un diálogo también presente entre Harvey y Federici al concebir como el despojo, la violencia y el terror se convierten en armas permanentes del capitalismo en sus permanentes ciclos de crisis.

Producto de los planes de ajuste estructural que a nivel mundial recorta inversiones públicas en la educación, las universidades se ven en dificultades para poder pagar salarios y mantenerse institucionalmente. Esto lo vivió Federici, que se vio forzada volver a los Estados Unidos. Allí emprende una nueva revisión, compilación e investigación histórica para dar cuenta, desde la perspectiva de un objeto de investigación, como lo es el cuerpo, las mujeres y la acumulación originaria del capital, en la transición del feudalismo al capitalismo.

En los Estados Unidos se daba un álgido debate el interior del movimiento feminista, que reaccionaba, en ese entonces; contra la opresión hacia las mujeres y se buscaba las rutas de su emancipación. Dentro de las principales variables de dicha discusión estaban las propuestas del feminismo radical que solo veía la estructura de dominación del patriarcado, sin contextualización histórica. Y estaban las feministas socialistas, que abordaban la problemática de clase y la proletarización, sin el análisis de la estructura patriarcal. Ciertamente, estaba el debate sobre género y clase, que no se lograba complementar.

En dicho contexto sobresale el análisis y las propuestas políticas de la activista italiana, autonomista, como Silvia, Mariarosa della Costa, que junto con Selma James, emprendieron un análisis alrededor de la economía del cuidado y el reconocimiento del trabajo emprendido por las mujeres en la procreación. Este

análisis, iluminador para Federici, logra superar dicha contradicción entre la clase y género, viendo como la estructura de dominación patriarcal se contextualiza históricamente en el capitalismo que hizo posible una nueva división sexual y social del trabajo.

Calibán y la Bruja, cuerpo, mujeres y acumulación originaria del capital, se publica en el año de 2004 como un libro que busca dar cuenta de un debate político de gran envergadura, intentado comprender un pasado histórico de manera más integral, rescatando la acción emancipadora emprendida por las mujeres en su lucha contra el capitalismo y los procesos de acumulación originaria.

El libro también representa un acto de lucha y confrontación contra un academicismo ahistórico, ensimismado. Según Federici, los procesos de despojo y cercamientos no solo se daban alrededor de las tierras y los bienes comunes de la naturaleza, sino que también la Universidad estaba siendo objeto de un “cercamiento del saber”. Su texto es también, por ello, un documento de lucha contra la mercantilización del saber. El legado y la memoria histórica de las excluidas, explotadas, perseguidas y vencidas por la criminalidad capitalista representa un acto emancipatorio, ya que había que resignificar las formas, las prácticas y las luchas de dichas mujeres, condenadas como brujas, que se resistieron a los procesos de acumulación originaria tanto en Europa como en el llamado Nuevo Mundo.

El título mismo, representa un acto de irreverencia histórica al rescatar los antihéroes como lo son Calibán y la Bruja, presentes, como personajes, en la obra de Shakespeare *La Tempestad*. Esta obra nace en el contexto de convulsión generada la invasión y conquista de América.

Los personajes Próspero, Miranda y Ariel, representan la mirada y la representación del conquistador. La apología a la razón ilustrada encarnada en Próspero, la concepción virginal y mariana encarnada en Miranda, y Ariel como símbolo mismo de la modernidad. Estos personajes eurocéntricos invaden la isla de Calibán, el “salvaje”, es decir, quién habita en la selva y que no conoce las costumbres, la lengua, ni la religión de los invasores y quienes en nombre de la civilización (quienes habitan en la ciudad), colonizan y se apropian de la isla de Calibán. Isla heredada de su madre Sicorax, quién junto con un demonio, según la obra literaria, engendraron a Calibán.

Este nombre también hace apología etimológica a los caníbales que habitaban el caribe, tribus dispersas que confrontaron de manera temeraria a los invasores, que al ser vencidos fueron devorados como un acto litúrgico de reconocimiento ante el guerrero vencido. Una de las maneras de neutralizar la venganza y el odio del vencido en la guerra para las tribus del caribe, era la práctica de la antropofagia (práctica de los guerreros que consumían la carne humana de los vencidos). A esto, los invasores le temían de una manera demencial.

Calibán junto con su madre la bruja Sicorax van a hacer parte de una nueva reinención y comprensión de la historia. Calibán como caníbal, antropófago, representa la lucha anticolonial que aprehende la lengua del vencedor para permanentemente maldecirlo y buscar su emancipación.

Esto solo es posible desde el mestizaje cultural, biológico y social: la identidad, por lo tanto solo es producto del contacto con el otro. La bruja, asimismo, es la representante de la lucha contra el patriarcado y el capitalismo en la Europa de transición.

Ahora bien, para Federici, es evidente la importancia de los análisis de Marx para la comprensión de la época de transición histórica y el análisis de una relación social política e histórica conocida como el capitalismo. Pero, considera Silvia, que al análisis de Marx le faltó un sujeto que padeció de manera terrible y cruel los procesos de cercamiento de lo común, como lo fueron las mujeres. El capitalismo no necesariamente, afirma Federici, liberó el trabajo de la esclavitud o la servidumbre al convertirlo el trabajo formalmente libre. Hay sectores y actividades del trabajo no reconocidos como tal por parte del capitalismo y en donde estarían la extracción de una riqueza excedente o de plusvalía como lo es el trabajo del cuidado y la procreación.

Así mismo, piensa Federici, - y que generó una interesante discusión, Marx considera que el despliegue propio de la dinámica capitalista ha sido un mal necesario para la emancipación de la humanidad. Tesis que en algunas obras de Marx se puede corroborar, pero que en algunas otras no.

Otra fuente de sus análisis es la apropiación metodológica y de enfoque del filósofo francés Michel Foucault, quién en sus principales obras realiza una genealogía del poder y sus diferentes manifestaciones que va de la biopolítica (control por parte del estado de la población, el territorio para hacer posible la efectividad de los dispositivos de la disciplina que tiene como objetivo crear al obrero disciplinado) al biopoder (su función es el control mismo de la vida que se debe regular desde el mercado, su objetivo es la creación del consumidor compulsivo, que interioriza al poder y la dominación).

En efecto, la obra de Foucault, es imprescindible para comprender las estructuras de dominación y explotación en el capitalismo, que se materializan en los dispositivos disciplinarios, en la ortopedia social que busca, según él, “pastorear los cuerpos y domesticar las almas”.

El “cuerpo” como campo de análisis en la filosofía de Foucault es relevante para desentrañar los mecanismos de sujeción que ejerce el poder, pero para Federici, es inconcebible que en las reflexiones del pensador francés no esté presente el “cuerpo” de las mujeres que ha sido representado, cercenado, perseguido, mutilado, incinerado, agredido... desde el advenimiento mismo de la historia que da cuenta del origen de la propiedad privada, la familia y el estado. Ese vacío va hacer parte de los objetivos emprendidos de la obra; por ello su subtítulo.

Otra de las fuentes de Federici va a hacer las reflexiones y la interpretación histórica presentes en las teorías feministas, quienes en su momento venían

haciendo análisis de los momentos históricos determinantes en el relato de occidente desde el punto de vista de las mujeres. Por ejemplo, como fueron vistas las mujeres en el Renacimiento, en la Ilustración, en el llamado Siglo de las luces, en los procesos de colonización imperialista, entre otros.

El texto y la lucha política de la autora proponen, entre otras iniciativas, la reivindicación del universo del cuidado, que ha sido una fuente importante del capitalismo para extraer riqueza, producida socialmente por las mujeres. Trabajo no reconocido por el capitalismo y que expresa una de las fuentes más altas de plusvalía.

Políticamente, se afirma con ello, de la pertinencia de dicho reconocimiento, pero en términos de la reivindicación salarial salen algunas contradicciones. Develar estas contradicciones del capitalismo no puede reducirse a una reivindicación salarial. ¿Es posible una sociedad que reconozca el universo del cuidado más allá de lo salarial y que como trabajo creador posibilite el papel de las mujeres en la organización social, política y económica?

Como se sabe el trabajo como acción creadora y transformadora, siempre estará presente en la condición humana. Pero lo que está en juego es pensar cómo debería ser esta acción llamado trabajo más allá de su sujeción salarial. El trabajo como fuente de valor, no de cambio, sino como trabajo concreto creador de valor de uso.

Marx en su texto *Salario, precio y ganancia (1865)*, afirma como la lucha y el fin último en las organizaciones obreras no es solo la reivindicación del salario, sino la transformación social desde el poder asociativo de los trabajadores. Por ello, es evidente para Marx, que la lucha debe ser por el tiempo libre y no solo por la reivindicación salarial. Debe ser posible para los trabajadores y trabajadoras una nueva experiencia del tiempo.

La consigna de las mujeres trabajadoras a finales del siglo XIX y principios del siglo XX era “más salario y menos horas de trabajo”, en donde se pone en evidencia la acertada reflexión de Marx, como luchar puntualmente por lo salarial, acompañado de un fin político y es como hacer posible el tiempo libre para ser.

El texto de Silvia Federici, convida permanentemente a discusiones, aún o resueltas, como las que acabamos de mencionar, y nos invita a pensar históricamente como los procesos de acumulación del capital se articuló (o articula) con los procesos de cacería de brujas (persecuciones, destierros, expulsiones, terror y violencia...).

Así mismo, se afirma en *Calibán y la Bruja* como esta cacería tuvo que ver con dos problemas estructurales que evitaban el despliegue y desarrollo de los procesos de acumulación, como lo son el problema demográfico y el problema de las tierras comunales.

Las mujeres lograron preservar un saber popular, campesino y ancestral como lo era el control de la natalidad, y se demuestra como todos estos saberes del

cuerpo y sus ciclos biológicos eran fuentes de saber de las mujeres, que apelaban a las hierbas y a sus usos para producir abortos o para evitar embarazos. Estos saberes van a ser despojados por la nueva cruzada moral cristiano-capitalista que necesita promover la reproducción de mano de obra que va a demandar las ciudades y las fábricas. El útero va a ser representado como una fábrica de reproducción del proletariado.

En los procesos de lucha y resistencias contra los cercamientos de tierras, las mujeres fueron el sujeto más vehemente, que lograron preservar una concepción de la tierra y lo comunal en contra de la mercantilización, por ello la cacería de brujas fue despiadada y brutal contra ellas.

Elaboración:

Cristóbal Silva González.

Corporación Aury Sará.

Colectivo Flora Tristán.